

Entrevista a Bernardo González

“Lo peor que le puede ocurrir a una sociedad es encerrarse en sus propias nociones y no estar dispuesta a cuestionarlas ni mirarlas desde otras perspectivas”



Bernardo González Mella fue creador y es miembro activo de la Unidad de Acompañamiento a Estudiantes en Situación de Discapacidad o Diversidad Funcional, de la Dirección de Asuntos Estudiantiles y Comunitarios de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

Licenciado y Magister en Historia, Profesor de Educación Media en Historia Geografía y Ciencias Sociales, iniciando estudios de Doctorado en Educación con foco en Educación Inclusiva. Docente de las carreras de Pedagogía en Educación Básica y Pedagogía en Educación Media del Departamento de Estudios Pedagógicos y del Área de Historia del Programa Académico de Bachillerato.



II.-¿Cómo describiría la idiosincrasia chilena y su evolución?

BG.-Desde siempre me han interesado los temas de cómo ha transitado la sociedad chilena de moldes tradicionales identitario-culturales, políticos, sociales, económicos incluso, hasta una estructura más bien moderna de sociedad. Me interesa mucho porque tiene que ver con cómo se conforman en el país las posibilidades de una ciudadanía que se las juega por la línea humana y humanista a partir del reconocimiento, la promoción, la valoración y el resguardo de los Derechos Humanos en todas sus formas y en todos sus rostros. Uno de mis grandes focos de interés de investigación tiene que ver con la conformación de la memoria o de las memorias, cómo ello implica un acercamiento a la vida política y por tanto una entrada ciudadana al mundo. Y cómo ahí se juega finalmente la democracia, el valor de la democracia, con la más diversas visiones que podrían tener sobre ella.

Otro tema que tiene que ver con eso mismo es la educación inclusiva, es decir, como tú garantizas que la educación que se declara como un derecho a partir del principio de igualdad sea efectivamente una realidad a partir del otro principio que siempre debiera acompañar la igualdad de derechos, que es la equidad, porque no todas las personas o comunidades tienen las mismas condiciones como para poder vivir sus derechos a plenitud. Entonces, se requiere de acciones positivas de parte del Estado, acciones concretas que muestren su compromiso, ya que es el gran responsable de promover y proteger los Derechos Humanos.

Entonces esto de lo tradicional, de los sellos identitarios de “lo chileno”, de lo que podríamos llamar chileno, es algo muy complejo y lleno de controversias. Nosotros estamos cruzados por contradicciones y por violencias estructurales en la conformación de estos sellos identitarios. Porque cuando uno habla del ser chileno, primero tiene que imaginarse de dónde viene esto. Ser chileno, como lo entendemos hoy en día, viene muy de la mano de la conformación de un Estado Nación en el siglo XIX que quiere levantar una identidad que no existía hasta ese momento; lo que existía antes que se creara la República de Chile, antes de que surgiera un documento que dice que ya somos una República independiente de la monarquía española, el 12 febrero de 1818, que es una declaración

legal de enorme importancia por cierto, eran sentimientos de pertenencia regionales.

El gran desafío es cómo se conforma una identidad. No existía en Chile una identidad de ser chilenos, sino que existían identidades regionales muy fuertes, que dependían de la región donde vivías. Si tus ancestros eran de Concepción, te sentías penquista, muy distinto a ser de Talca o de Coquimbo o de Santiago. Entonces la identidad era regional, tejida desde esos lazos comunitarios locales.

Todos los identitarios vinculados al poder también eran poderíos regionales. Los liderazgos políticos, entretejidos con el poder de las corporaciones, también eran regionales. Las primeras disputas políticas que se dan para formar un Estado no tenían, por cierto, una sola visión. Había liberales y conservadores de diverso cuño, aparecieron los liderazgos de Manuel Rodríguez, Ramón Freire, los hermanos Carrera, Bernardo O’Higgins para ver qué Estado íbamos a construir, pero esto refleja disputas regionales que estaban en juego y que se resolvieron en la arena bélica. A la elite política le cuesta levantar un discurso y una praxis de construcción de Estado y cuando ya se establece esta institucionalidad luego del triunfo conservador en la batalla de Lircay de 1829, y se empiezan a levantar las bases del Estado chileno, la idea de lo nacional empieza a crecer como una bola de nieve, la necesidad de construir una identidad nacional llamada Chile.

Esto no le hacía sentido a todas las personas que vivían en este territorio, donde supuestamente todos se empezaban a sentir chilenos y chilenas. Entonces, ese sentimiento más bien se fue logrando a lo largo siglo XIX a medida que iba creciendo el Estado, la institucionalidad, a medida que se enfrentaban o generaban conflictos para diferenciarme del “otro”, que hacían que este Estado, esta élite en el poder, le dijera al resto de la población “esto es Chile”, porque tenemos alguien en contra nuestra que nos está disputando un territorio, por ejemplo. El primer gran evento en esa línea fue la guerra contra la Confederación Perú Boliviana (1836-1839), que expresa con nitidez las ideas y temores de Portales de que esto hay que detenerlo a tiempo porque va creciendo y nos va a afectar en nuestra soberanía. Hay un primer intento, y en tiempos de Manuel Bulnes se genera la figura del “roto chileno” que fue a pelear contra peruanos y bolivianos, donde se cultiva la idea que el pueblo





“ Para generar identidad se necesita un héroe sacrificial y ese fue Arturo Prat. Se le recuerda a él que muere luchando por unos valores que estaban en su ADN. ”

fue a pelear por esta Patria que está naciendo. Se crea de hecho el Himno de Yungay, que muestra esta lucha de los años treinta del siglo XIX.

El gran hito que marca la identidad nacional es la Guerra del Pacífico (1789-1883). Para generar identidad, se necesita un héroe sacrificial y ese fue Arturo Prat. Se le recuerda a él, que muere luchando por unos valores que estaban en su ADN. La identidad nacional no es solo algo intelectual y racional, sino que implica sentimientos. Para crear sentimientos de pertenencia, necesitas generar hitos que entreguen pertenencia. Entonces, la Guerra al Pacífico es como el gran hito, y el Estado empieza a ser más unitario y la identidad nacional es más masiva. El Estado se termina de unificar con la invasión a la Araucanía al término de esta Guerra, llamada “pacificación de la Araucanía”; pero si le preguntas a un mapuche, a alguien del Wallmapu, te dirá que no fue una pacificación sino un despojo.

En un Estado que está naciendo tiene mucha relevancia la institución educativa, por ejemplo, las clases de historia, que enseñan la conformación de un ideario y de una identidad nacional. Esto forma parte central de un currículum de historia, con matices por supuesto de acuerdo a los cambios políticos que ocurren en el país y sus coyunturas, porque no es lo mismo una oligarquía gobernando hasta 1925, el surgimiento de la clase media, o la vuelta de la oligarquía de la mano de la dictadura cívico militar en 1973, recuperando sus fueros y privilegios que quedaron plasmados en la Constitución de 1980, hasta la revuelta que hemos vivido desde el 18 de octubre de 2019, que es un intento de la sociedad y de distintos grupos que no han vivido el resguardo básico de sus derechos por exigir que esto sea posible.

IL.-¿La revuelta de octubre es una revisión de lo que significa ser chileno?

BG.-Hay una revisión y por cierto distintas lecturas. Hay dos grandes tendencias que se manifestaron en el plebiscito a través de las opciones de “aprobar” o “rechazar”, las que sostenían un discurso de identidad respecto a lo que serían los chilenos y buscando un espacio de pertenencia. Desde la Historia el foco es distinto. Hay una mirada más bien anclada en lo simbólico de “lo unitario”, mientras que otra más abierta, con distintas identidades culturales, étnicas, desde la consciencia que existen diversas culturas o pueblos que conviven en la nación chilena. Allí surge y se manifiesta el valor de lo plurinacional como una base cultural que reconoce la diversidad, que siempre ha estado presente. Entonces, era como darle un rostro a lo que siempre ha existido pero que no había sido reconocido legalmente. Y eso es muy interesante. Por el otro lado, se manifiesta una resistencia, creyendo que eso implica una especie de pérdida de sentido unitario, de identidad nacional. Y ahí lo que se está poniendo en el juego son las lecturas políticas de lo que significa ser chileno.

IL.- Con los resultados del plebiscito. ¿Cómo ves al chileno de hoy?

BG.-Me hacen mucho sentido las investigaciones desde sociología que se han hecho sobre la identidad nacional y también las de la historiografía sobre por ejemplo historia de las mentalidades. Está muy fuerte y en disputa en Chile este sentimiento identitario, siempre ha sido fuerte desde el siglo XIX y XX. Hoy en día, se ven lecturas más conservadoras respecto a lo identitario que ponen



“La discriminación y las exclusiones son negaciones de derecho y están muy marcadas en la sociedad chilena y poco se ha discutido en el espacio público.”



en el centro la homogeneización, una especie de sonido monocorde, desde el sentido de autoridad y el sentido del orden, más el peso de la fuerza, de la coacción, para que todos estemos en un mismo tono comportándonos como sociedad. Por otro lado, hay posturas que valoran los espacios para que la diversidad se haga presente, que la divergencia tenga un lugar legítimo en la sociedad y no sea visto como algo condenable per se. Es decir, el que piensa distinto al establishment no tiene por qué ser visto como alguien indeseable. Entonces, frente a la idea de orden está el valor de la libertad y el valor de la diversidad.

Lo que tenemos en la sociedad chilena es, en gran medida, autoritarismo en las relaciones institucionales y en las estructuras de poder. Una sociedad que valora posturas autoritarias y al que golpea la mesa. En Chile, no ha tenido fuerza el parlamentarismo, un régimen donde tenga más peso el poder legislativo, pero sí tiene más peso la figura de un Presidente o Presidenta que diga como tienen que resolverse las cosas; si tengo un problema, espero que sea el Presidente quien me lo solucione, no asumimos una ciudadanía autónoma, ni nos movilizamos para colaborar en la construcción de una sociedad.

Entonces, la formación ciudadana es un pendiente muy fuerte. Y además, otra cosa de la sociedad que les quería manifestar, son las prácticas de exclusión que están en la estructura de las relaciones cotidianas de las personas y en las estructuras de poder, como lo son el racismo y el clasismo. Según como hables y pronuncies una frase se sufre discriminación en una sociedad clasista, como por el ejemplo la pronunciación de la “ceache”. En esos casos inmediatamente aparece el scanner con el que se forma el chileno conservador, que le da más valor a quién está más alto en la escala social pues eso implica más prestigio y finalmente mayores privilegios. Se le da valor a la idea de la

pertenencia de clases y a la etnia desde un filtro caucásico; mientras más blanco es tu rostro pareciera que estás más legitimado en la sociedad y en la medida que se oscurece tu piel empiezas a perder legitimidad y derechos. En una sociedad racista eso es muy fuerte. En una sociedad clasista, no da lo mismo decir donde vives, pues eso será considerado para tu currículo y así tener o no una posibilidad laboral, por ejemplo.

Esas marcas de fuego nos hablan de una sociedad bastante más conservadora de lo que pensamos. La discriminación y las exclusiones son negaciones de derecho y están muy marcadas en la sociedad chilena y poco se ha discutido de ello en el espacio público.

La migración

Somos, por ejemplo, el país de América Latina que ha tenido el más bajo nivel de migración extranjera históricamente. Tuvimos migraciones muy focalizadas y selectivas desde el Estado en el siglo XIX, que fueron a buscar a Alemania a migrantes católicos, no protestantes, que pudieran aportar el desarrollo de Chile en esta idea de civilización europea. No se buscó gente en otros lugares. Hubo otras migraciones selectivas como los coreanos en los años 80. Sólo en las últimas décadas estamos viendo oleadas más fuertes de migrantes, que son migrantes que llegan en condiciones de pobreza y con altas condiciones de vulnerabilidad, y esto para las miradas conservadoras es una situación desconcertante, pues no lo ven como una riqueza y una oportunidad sino como una amenaza. Ello le da soporte al discurso de las posturas conservadoras, que suelen ser muy autoritarias y negadoras del diálogo abierto, democrático, desde la perspectiva de derechos, para resolver problemas en la sociedad.



En el imaginario colectivo, por ejemplo, se ha negado la existencia de negros en Chile. Desde la Colonia hemos tenido una población afrodescendiente que ha vivido en el Norte Chico, los cuales nunca aparecieron en los libros de historia. Si no es porque se empiezan a movilizar para recuperar su identidad y darla a conocer, no sería conocidos ni reconocidos. También llegaron chinos producto del auge de las salitreras del norte y su historia es desconocida.

Somos una sociedad bastante cerrada. Tengo esperanza en las nuevas generaciones, en las nuevas miradas. Hoy día estamos en un clima social y en un nivel de conciencia distinto, donde el valor de la diversidad se ha expresado y exige espacios y cambios políticos.

IL.- ¿cómo tú definirías el rol del estado respecto a materias como la inclusión?

BG.-El rol del Estado es clave para la inclusión, porque finalmente cuando uno habla de inclusión, lo que está considerando es que la diversidad es legítima y que todos los seres humanos tienen que ser respetados en su dignidad y en su identidad, entendiendo que hay “identidades”, que no hay una sola identidad y que no existe un solo sello cultural sino que diversas entradas culturales. Entonces, cuando tú valoras la diversidad y al otro como legítimo otro, estás sentando las bases de una sociedad democrática dialogante, donde todas las posturas tienen valor. Esto es lo que dará legitimidad y estabilidad a un sistema democrático.

Y demanda un rol activo del Estado, que lo ha hecho en etapas diversas; el voto de las personas analfabetas por ejemplo es algo nuevo en nuestra historia, a inicios de los años setenta del siglo veinte, lo mismo con el voto femenino en los años treinta en las elecciones municipales como

un “experimento” del patriarcado, que se amplió y materializó en las elecciones presidenciales de 1952. Estos eran espacios de exclusión. Los avances más importantes se dieron en la última época, donde acabamos con el sistema binominal que no daba espacio a la diversidad política. Con un sistema binominal, Gabriel Boric no podría haber sido Presidente de Chile, así como tampoco se podría haber abierto el arco político.

Desde el Estado se han hecho cambios relevantes que han sido posibles, primero que todo porque la sociedad se ha movilizado. En general, ninguna ley que amplía los derechos se ha conseguido sin movilización social, ningún cambio se hace sin una sociedad movilizadora con conciencia de derechos y eso se refleja en un sistema político que se abre y los representa. Lograr esto es algo muy importante para una democracia, ya que lo que se pone en juego es la estabilidad. No es posible pensar en una estabilidad en un sistema democrático si no se resguardan derechos civiles,

IL.-Entonces, ¿qué elementos de los mencionados incluyó la opción “rechazo” en el plebiscito?

BG.-Una parte dura y quizá más conservadora del rechazo, estaba en esa línea de considerar que el cambio y la entrada institucional de estas nuevas identidades y comunidades que existen y que siempre han existido en este país, constituía un peligro. Estas personas y comunidades que tradicional e históricamente han vivido en la exclusión e invisibilización, necesitan un resguardo con acciones positivas del Estado, a través de leyes que reconozcan por ejemplo que la persona tiene derecho a una identidad sexual y de género, que la persona tiene derecho a escoger cómo quiere ser vista y enunciada en las esferas de lo público y de lo privado.

“ Los avances importantes se dieron en la última época, donde acabamos con el sistema binominal que no daba espacio a la diversidad política. Con un sistema binominal, Gabriel Boric no podría haber sido Presidente, así como tampoco se podría haber abierto el arco político.”



El Estado debiera ser laico. Como en Chile el Estado y la Iglesia están separados desde 1925, no podemos tener un Estado que promueva y financie causas de instituciones religiosas, porque para eso ellas tienen su propio espacio. Ahí tenemos una tarea muy difícil, porque esta sociedad tiene dos almas que están en disputas permanentes, y han hecho que estemos en una sociedad que es desacralizada pero que no es laica.

IL.- ¿Cuál es la diferencia entre una sociedad desacralizada y otra laica?

BG.-La desacralización, significa que la institucionalidad se mantiene en ciertos espacios que le dan algunos privilegios a la religión y eso implica financiamiento del Estado, pasando por arcas fiscales. Nosotros somos una sociedad desacralizada, que logró hacer una separación fundamental entre Iglesia y Estado a inicios del siglo XX, pero que producto de esa transición mantuvo vínculos institucionales entre las organizaciones religiosas y el Estado.

Considero que el poder político tiene que generarse su propio camino y no puede tener dependencia ni de un ideario, ni de una discursividad, ni de una normativa religiosa. En 1925 se separó la Iglesia del Estado pero eso no garantizó un Estado laico, sólo lo desacralizó, pues si bien estableció que todos los ciudadanos y ciudadanas somos iguales ante la ley, se mantuvieron ciertos privilegios a las instituciones religiosas como lo es la exención de impuestos para ciertas actividades. En el gobierno del Presidente Ricardo Lagos se hizo un cambio importante al respecto, el que amplió esa exención a todas las iglesias reconocidas en Chile y no solo a la Iglesia Católica. Hubo mucha resistencia por parte de los sectores más conservadores, basta revisar la prensa de la época.

Hoy nuestras Fuerzas Armadas y policías tienen una formación religiosa en sus labores que es financiada por todos los chilenos, ejemplo de ello es la Catedral Castrense. La idea de que para tomar decisiones respecto a cómo usar la fuerza que la sociedad ha delegado en estas instituciones, en un marco democrático, debe existir una iluminación y formación desde la fe, que mantenga y se sostenga a partir de esos valores, supone que el Estado no tiene valores propios. Esto es, finalmente, una mirada conservadora.

En el currículo nacional, por otra parte, se garantiza a través de fondos estatales las clases de religión en todos los colegios reconocidos por el Estado. Esto, en un Estado laico no sería posible. Si bien se ha abierto el tema y se deja a la elección de los padres si no queremos clases de religión, y podemos transformarlas en clases de ética y de formación de valores, de hecho muchos colegios han decidido no tener más clases de religión y si tener clases de interculturalidad, lo que es algo positivo, la relación de fondo que la sostiene no ha cambiado hasta nuestros días.

Entonces, no somos laicos, pero sí desacralizados.

La llamada ley Zamudio que prohíbe toda discriminación arbitraria, y que parte de un terrible crimen de odio, estableció límites respecto a cualquier tipo de discriminación y todo aquello que pase a llevar el derecho de la identidad de las personas. Sin embargo, nosotros seguimos llenos de prácticas, de visualizaciones de espacios públicos donde eso no está garantizado. Hemos avanzado algo, pero no debemos perder de vista que lo que está en juego es el reconocimiento de la diversidad y a través de ello la garantía de los Derechos Humanos para todos, para todas, para todos.

Hay que considerar que cuando se publican leyes como la de identidad de género o leyes que protegen la identidad indígena, es porque en la sociedad, en el cotidiano vivir, está ocurriendo todo lo contrario. Entonces, estas leyes son super importantes porque nos marcan mínimos legales que nos permiten actuar o nos castigan si pasamos el límite, porque lo que está en juego es la dignidad de las personas y sus Derechos Humanos fundamentales.

Esto es muy importante en una sociedad democrática, porque mientras más se garantice la expresión de la diversidad en el espacio público, más legítimo será éste, como algo que pertenece a todas y a todos.

Constitución y Estallido

BG.-“Las críticas que están detrás explican el estallido político social de octubre de 2019, donde la mayor parte de los chilenos no sentíamos la institucionalidad y la legitimidad como base de este rayado de cancha que llamamos Constitución, que representara a todos. Sentimos la huella de una



“ Cuando se publican leyes como la identidad de género o leyes que protegen la identidad indígena es porque en la sociedad está ocurriendo todo lo contrario. Entonces, estas leyes son super importantes porque nos marcan mínimos legales que nos permiten actuar o nos castigan si pasamos el límite...”

violencia estructural y eso había que cambiarlo”, aseguró el académico de la Universidad de Chile.

A lo anterior, Bernardo González agregó que “lo que tenemos es un impulso democrático muy fuerte para algo tan básico como las reglas de juego de la casa común. Para que una Constitución sea legítima, tiene que pasar por la voz del pueblo y por la soberanía popular. Por primera vez Chile hizo ese ejercicio, donde se llevó a cabo un diálogo y propuesta que tiene esa base en su origen. Aunque ese texto no haya sido aprobado, el sentimiento sigue, la necesidad y la urgencia continúa en la sociedad. Ahí están las condiciones de pobreza que suman exclusión. Hay una conciencia colectiva que llegó para quedarse. Nosotros de aquí a cinco años, no vamos a mantener el mismo Chile del 2018”

IL.- ¿Cómo ves ese Chile, el de los próximos años?

BG.-Bueno, yo lo veo con mucha más participación en la vida política y con una legitimación de ésta. En sociedades latinoamericanas, con dictaduras cívico-militares muy violentas, no es fácil instaurar diálogos democráticos, no es fácil validar la diversidad y la necesidad de tomar decisiones compartidas. No es fácil escuchar al otro, con calma, para tratar de entender su postura y a partir de ahí entrar en un debate respetuoso.

Nosotros tenemos una gran deuda de ciudadanía, hemos pasado por mucha violencia de los grupos de poder que para evitar perder sus privilegios ocupan la violencia contra el resto de la sociedad.

Si soy capaz de escuchar a la otra persona respecto de sus sentimientos, de su manera de razonar y de mirar el mundo, si hago el ejercicio de empatía, voy a entrar en un diálogo más democrático y

voy a abrir espacio para que las diversas posturas cuando entren en el conflicto, no se resuelvan por la vía de la violencia ni de la imposición o de un golpe de Estado, sino que se resuelven por la vía del diálogo y del acuerdo. En Chile necesitamos que el diálogo democrático sea algo habitual y algo legítimo y necesario. Para ello, requerimos democratizar las escuelas, que son el gran espacio donde se aprende de democracia y se aprende de política a partir del respeto a la dignidad humana y de los Derechos Humanos.

IL.- Considerando, las elecciones recientes en Italia donde triunfó la extrema derecha ¿Cómo ves el futuro de la democracia en las sociedades occidentales?

BG.-Es complejo, porque la democracia puede ser debilitada desde el populismo hasta por los movimientos que no creen en la democracia, pero entran a través de la vía electoral. Un ejemplo de ello es lo que ocurrió en Alemania en los años treinta del siglo XX. Entonces, en la sociedad debe existir conciencia respecto a los límites en el diálogo político sobre qué es aceptable y que no. Por eso es tan importante esta concepción de que la ideología del odio no puede tener un lugar legítimo en la sociedad, porque si se llega a legitimar, lo que hará es destruir el diálogo social o degradarlo.

IL.- Pero estos grupos exigen su participación democrática. Hemos visto los recientes fenómenos en Italia, EE.UU., Brasil y también en Chile

BG.-Sí, claro, tan claro que es ahí precisamente donde creo se ve la fortaleza de un sistema. Uno esperaría que si la conciencia sobre la diversidad



empieza a crecer en Chile, naturalmente van a comenzar a disminuir estas posturas de odio.

Si vemos lo que pasa en materia de migración, con la migración de la pobreza, a cuyas personas llamamos migrantes, mientras al migrante con dinero le llamamos extranjero; a este último lo vemos como alguien que viene a aportar al país, mientras que al otro como alguien que viene a dañar y a “quitarnos” el acceso a la salud, a la educación y a la vivienda. Son todos estos miedos de una sociedad conservadora que explotan. Cuando llegan al poder, lo que hacen es precisamente perseguir la diversidad y empezar a generar exclusión.

Entonces, creo que esto no se resuelve solo con una ley, aunque la ley es importante porque fija los límites. Una sociedad democrática, que aprendió del trauma social y de la violencia, debe ser capaz de elaborar una Constitución que señale que los discursos de odio no tienen vigencia y no son tolerables, tal como lo hizo Alemania respecto del nazismo y de la figura de Hitler, cuyos símbolos están prohibidos. Eso ocurrió porque tomaron consciencia de un trauma y de lo que eso significó para los Derechos Humanos.

En Chile tenemos también posturas muy conservadoras, que dicen que el indígena no puede tener los mismos derechos que un “chileno”, haciendo una diferenciación. En esta mirada racista, el chileno de herencia hispana y que tiene más blancura en su piel y que tiene otro idioma y que tiene otras creencias, es más “civilizado”. Estamos marcados por esta disputa entre el conservadurismo y el progresismo en la comprensión de la dignidad humana, donde se cultivan posturas que segregan culturalmente al otro. En esta mirada persecutoria de la identidad indígena, tenemos tradiciones muy fuertes que pesan en nuestra mentalidad. Por ejemplo, la evangelización de América Latina se hace contra los cultos paganos y demoníacos del mundo indígena; había que “evangelizarlos” para “civilizarlos”. En el siglo XIX y con las repúblicas liberales gobernando en el mundo, ya no tenemos un discurso religioso a la base, pero sí tenemos un discurso civilizatorio desde el etnocentrismo y el eurocentrismo.

El darwinismo social establecía que había culturas superiores e inferiores. El mesianismo europeo y su deber de “salvar el mundo” a partir de su manera de entender esta “salvación”, influyó fuertemente en la élite de nuestro país durante

todo el siglo XIX y XX. Si consideramos superiores al europeo de cierto lugar, no al de Rumania por ejemplo, es ahí donde buscamos a los colonos, con oficinas instaladas en Prusia, Suabia y otras regiones alemanas, escogiendo a sujetos de cierto perfil que representan una sociedad anhelada y deseable. Para la élite de aquel momento, debían ser cristianos, de tez blanca y civilizados, lo más alejado de cosmovisiones, prácticas y concepciones indígenas.

Esto ha tenido una impronta fuerte en Chile. Estamos atravesados por estas disputas. Mi esperanza es que esto se va a resolver en una legitimación mayor de espacios y voces diversas. Ello tendrá su reflejo en la política, porque está teniendo su reflejo en la sociedad, en la cultura, en las diversas identidades que están teniendo cada vez más espacios.

IL.- ¿Cuáles son las diferencias entre pueblos originarios y pueblos ancestrales?

BG.-Hay una disputa interesante. Se han ocupado distintas denominaciones, incluso desde el mismo mundo indígena ¿Soy cultura originaria? ¿Soy una cultura ancestral? También está la idea de lo indígena. Hoy existe una fuerte conciencia de autodenominarse indígena, porque eso rescata ciertas identidades, ciertas formas estructuras de lenguaje y cosmovisiones. Pero, en el origen la palabra también es muy disputable, porque ¿Qué es ser indígena? ¿Quién puso el nombre indígena? Eso es algo muy europeo, el mismo que creyó que llegó a las Indias Orientales, llamando a todos indios. La cultura indígena y sus movimientos recogen el término y le dan una relectura y resignificación. Sin embargo, si lo pensamos críticamente, en el origen hay una colonización semántica. Es algo que todavía está en disputa.

IL.- ¿Cómo será la evolución y los cambios de las personas?

BG.-Los cambios más profundos siempre se juegan a mediano y largo plazo, son coyunturales. Los cambios siempre pasan porque existen generaciones distintas que dialogan y son capaces de tomar opciones diferentes, y para que esas opciones tomen vuelo y comiencen a crecer y a representar a una gran mayoría de la población, no puede



ocurrir en un año, dos o cinco. Toman tiempo, porque son cambios de autoconciencia, de la percepción de mí mismo y del otro y, a partir de ahí, generar una identidad, una conciencia identitaria. Requieren esfuerzos de diversos sectores y actores para que el cambio sea posible. Confío mucho en la educación y me la juego por esa entrada, pero sé que todas las entradas son válidas y legítimas en la medida que se respete e incluya al otro y te atrevas a cuestionar tus propias ideas.

Lo peor que le puede ocurrir a una sociedad es encerrarse en sus propias nociones y no estar dispuesta a cuestionarlas ni revisarlas, ni mirarlas desde otras perspectivas.

La deconstrucción es fundamental para fortalecer en conciencia identitaria, porque en caso contrario construyes una identidad intolerante. La identidad abierta, implica apertura al diálogo y estar dispuesto a hablar con alguien que yo veía en la vereda opuesta en lo político y en lo social. Quizás, de pronto me doy cuenta de que no somos tan distintos y que estamos hablando con bastante más cercanía de lo que pensábamos.

Entrevistó: Sylvie Moulin y
Patricio Hernández Nawrath. 

Para saber más sobre las características estructurantes de la sociedad chilena (mentalidades; estructura social, cultural, política y económica):

- Armando De Ramón (2000). *Historia de Chile*. Santiago: Catalonia.
- Bernardo Subercaseaux (2013). *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. 3 Vols. Santiago: Editorial Universitaria.
- Gabriel Salazar y Julio Pinto (1999-2002). *Historia Contemporánea de Chile*. 5 Vols. Santiago: LOM Ediciones.
- Jorge Larraín (2001). *Identidad Chilena*. Santiago: LOM Ediciones.
- María Angélica Illanes (2018). *Nuestra historia violeta: Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo XX, una revolución permanente*. Santiago: LOM Ediciones.
- Mario Garcés (2012). *El Despertar de la Sociedad. Los movimientos sociales en América Latina y Chile*. Santiago: LOM Ediciones.
- Mario Garcés (2020). *Estallido Social y una Nueva Constitución para Chile*. Santiago: LOM Ediciones.

Para saber más sobre dilemas y desafíos en la desarrollo y formación de ciudadanía en el Chile actual:

- Adela Cortina (1999). *Ciudadanos del mundo: hacia una teoría de la ciudadanía*. Madrid: Alianza.
- Álvaro Matus ed. gral. (2012). *Cultura ciudadana: jóvenes informados, responsables y participativos para el Chile actual*. Santiago: Ocho Libros Editores.
- Fundación IDEAS (2002). *Manual Tolerancia y No Discriminación*. Santiago: LOM Ediciones.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD (2015). *Informe de Desarrollo Humano. Los tiempos de la politización*. Santiago: PNUD.

